

Poesía y exilio de Alberti

Introducción

Larga tarea sería enumerar aquí —a manera de ejemplario— los nombres de poetas, filósofos e intelectuales que por jugar un papel político o escribir obras «comprometidas», sufrieron las adversas consecuencias de la cárcel, del confinamiento, del destierro —obligado o voluntario— y de la muerte. Si sólo nos referimos a España, bástenos recordar la emigración de intelectuales hebreos en el siglo XV, de jesuitas en el XVIII, de afrancesados y liberales en el XIX, de antifranquistas y republicanos en el XX. Como nombres individuales, Pero López de Ayala, Alvaro de Luna, Garcilaso de la Vega, Luis Vives, Quevedo, Villamediana, Leandro Fernández de Moratín, Francisco Martínez de la Rosa, el Duque de Rivas, Espronceda, etcétera. Más cerca de nosotros, destacan: Unamuno, Antonio Machado, Miguel Hernández, León Felipe, Emilio Prados, Luis Cernuda... con nuestro Rafael Alberti. Todos son señeros paradigmas del intelectual «disidente» y, sobre todo, de la poesía española «comprometida». Pero ningún poeta se «arriesga» tanto como Rafael Alberti, lanzándose a la aventura pública: es un «poeta en la calle», como él mismo se autodenomina. Su poesía, en consecuencia, ha sido exaltada y denostada, declamada y prohibida. Salvado por su estrella, no alcanzó la muerte «predestinada» de Federico García Lorca. Y, sabiéndolo, Rafael Alberti ha sido siempre infatigable y perseverante en su poesía, tanto en la denuncia como en la canción enamorada y nostálgica. Ha luchado siempre por la demolición de la «España vetusta» y caduca, de la ignorancia, de la injusticia social y del fascismo y del imperialismo extranjero politizada —¿por qué no?—, lejos del egoísta individualismo burgués, y enraizada en la colectividad humana del pueblo, orientada hacia lo social y revolucionario. Sin dejar por ello de cantar líricamente o escribir poemas de alta calidad e incomparable belleza.

Rafael Alberti, desde muy joven, no quiso ser un poeta solipsista ni inmoderadamente solitario: su «yo» tenía que devenir un «nosotros». No sólo había de ser testigo del medio social en que vivía sino que su propio corazón latía con el de todos. La «otredad» —los otros— le conforma tanto como su propia persona individual. Su poesía, así, es una experiencia, además de personal, humanamente colectiva. Sabe o presente, además, que sólo de la crítica estricta puede partir el camino de perfección.

Y de aquí que, en determinadas circunstancias, esgrima su pluma —en verso y prosa— para denunciar y exponer vicios y males, crueldad e injusticia, abusos y tiranía, llegando en otras a la participación política directa, en el anhelo de que la perfección soñada se convierta en realidad y en *praxis*. Sin embargo, en sus escritos y poemas no «especula» sobre la crisis del siglo XX, sino que parte de la historia e intrahistoria de España, indudablemente dolorosas. Su vida misma —con sus viajes y destierros— es testimonio «histórico» convincente y valiosísimo para comprender la tragedia española.

Nuestro poeta se ha movido siempre inspirado por una alta pasión patriótica y humanitaria en el sentido más elevado. No es extraño que de sus actos y de su poesía se desprenda un señalado valor ético, especialmente por ser fiel a la fraterna solidaridad de todos los pueblos. Una firme línea ideológica —consustancial a su vida— sostiene y enlaza sus obras sirviendo de nobilísimo ejemplo a la conciencia de sus lectores y oyentes de la masa indiferenciada. El eco de sus canciones percute y repercute en la memoria y en el fondo de las almas.

Como poeta e intelectual verdadero —insistimos—, Rafael Alberti se siente parte vivísima de la conciencia de su patria. Y juzga que una de las cualidades inherentes a su misión es la crítica de cuanto ocurre en su entorno, sin olvidar el ayer y la historia. Esta crítica no es denigración sino serias y hondas reflexiones sobre la vida del país —que incluye también a países extranjeros— y en ellas caben los juicios favorables y los condenatorios. Este deber, en muchas ocasiones, es duro y hasta trágico: el servicio de la verdad en que cree le lleva a sufrir injurias, execración y el severísimo castigo del exilio.

Exilios

En *Marinero en tierra* (1924) hallamos versos que podemos considerar «premonitorios» de amargos exilios posteriores —de índole política— que sólo terminan en 1977 al regresar definitivamente a España. Pero estos versos de su primer libro sólo expresan la queja interior de «un marinerito en tierra» por haber sido alejado, desterrado, de su mar de Cádiz:

El mar. La mar.
El mar. ¡Sólo la mar!

¿Por qué me trajiste, padre,
a la ciudad?

¿Por qué me desenterraste
del mar?

Y tan profunda es su nostalgia, tan intensa su añoranza, que suplica o exige: «Retorcedme sobre el mar». «Le di mi sangre a los mares». Volver al mar es su anhelo incesante.

Primer exilio, pues, del poeta en su edad juvenil que gime por no ver el mar de su infancia. Vuelve a añorarlo en la sierra castellana en donde está confinado por la enfermedad. Y esta «separación forzada» crea la nota honda y doliente que traspasa estos poemas de alegre y joven apariencia: un sentimiento de ausencia y nostalgia que dominará, más tarde, todos sus libros escritos en su «forzoso» destierro de España. Y por este dolor de exiliado de «su» mar, la gracia y el ángel de los versos trascienden seriedad y hondura.

En *La amante* (1925) —su segundo libro, que es un diario de viaje—, sintiéndose aún «marinero en tierra», el poeta evoca «su» mar al atravesar la meseta. Ante los castellanos del Duero que nunca lo han visto, les ofrece el que trae desde Cádiz y que impregna todo su ser: «¡Miradme, que pasa el mar!» Con esta entrega consuela su exilio, buscando otro mar —el Cantábrico— para llevarle el mensaje del Sur.

Termina la guerra civil y Rafael Alberti sale «milagrosamente» de su patria —como él escribe en *La arboleda perdida*— a primeros de marzo de 1939, camino de Orán. Ya en Francia, trabaja como locutor en la Radio París-Mondiale. Sufre soledad y congoja que alivia escribiendo la primera parte de sus memorias, pues quiere dejar constancia de que ha vivido. Ha comenzado el destierro obligado y auténtico. «¿Es que vivo, / es que he muerto?» —se pregunta dolorosamente en *Vida bilingüe de un refugiado español en Francia* (1939). En este poema —de encadenadas estrofas polimétricas— sobrevive el recuerdo de España, del Museo del Prado, recuerdos de la guerra... Y acusa a Francia y a Europa por haber traicionado y abandonado al pueblo español. Al final deja de mirar a España y a su Andalucía —con sus álamos y su Guadalquivir—, para mirar a donde no resuena la sangre:

Bajo la Cruz del Sur
cambiará nuestra suerte.
América.
Por caminos de plata hacia ti voy
a darte lo que hoy
un poeta español puede ofrecerte.

Sale, efectivamente, de Francia con rumbo a la Argentina el 10 de febrero de 1940 y es recibido fraternalmente en Buenos Aires. Al instante, Losada publica su antológica *Poesía* (1924-1939). El poeta se retira con María Teresa a El Totoral, en Córdoba. Al año siguiente nace su hija Aitana en Buenos Aires y Losada edita *Entre el clavel y la espada* (1939-1940), escrito en Francia, en el mar y en la Argentina, y que dedica a Pablo Neruda, con quien convivió en los últimos tiempos de París. Alberti, ahora, vive hincado entre dos mundos: uno huele a sangre pisoteada; el otro tiene aroma a jardín, a «amanecer diario, a vida fresca, fuerte, inexpugnable». El título del libro expresa en sí mismo la tensión terrible entre la paz y la guerra, la vida y la muerte: dialéctica de contrarios en dolorosísima lucha. Pero la esperanza y la fe —simbolizadas por el clavel— triunfan sobre las imágenes de pena y de duelo, por encima de frustraciones y derrotas.

La poesía social y política se ha quedado al otro lado del mar, amordazada. En el de aquí, la nostalgia de la patria, la pena de su fracaso, el dolor por los que sufren o mueren. ¿Las ideas? Ahogadas, aplastadas, encarceladas. En el Nuevo Mundo, el poeta vuelve a los metros clásicos y tradicionales, a las formas más españolas de la poesía, como si ellas fueran representación vivísima —o sobreviviente— de la lejana España, de «la arboleda perdida».

El poeta sigue creando y, entre 1942 y 1944, compone *Pleamar* que dedica a su hijita Aitana, su «más bella esperanza». Cultiva el teatro, da conferencias y discursos, va a Chile. En todas partes, nuevos amigos. En 1948 publica la primera edición de *A la pintura*. En 1950 viaja a Varsovia, como delegado al Congreso Mundial de la Paz. En *Signos del día* reúne los poemas políticos que escribe entre 1945 y 1955. Entre aquel año y 1956 compone los *Poemas de Punta del Este*: en ellos hallamos las prosas biográficas de «Diario de un día». Siente una avidez de trabajo intensísimo: «¡Qué remordimiento el minuto perdido!» —exclama. Y así oye el latido del tiempo casi quevedianamente. En su cuartito de La Gallarda, lucha y trabaja para «mejorar» su poesía —dice—, para no repetirse, para «llegar a ser meridiano, pero sin concesiones», para «no perder el compás del pulso de su época». Hay momentos en que se siente solo y pobre. Y en esta soledad que le socava por dentro, le van naciendo los *Retornos de lo vivo lejano* (1948-1956).

Entre 1951 y 1955 vuelve a Varsovia, visita la Unión Soviética, Rumania, Checoslovaquia, Alemania Oriental... Casi al mismo tiempo que crea sus *Retornos*, canta sus *Coplas de Juan Panadero* (1949-1953), sencillas y certeras como la saeta.

Su *Ora marítima* (1953) es prueba de su fidelidad a Cádiz. «Hijo fiel de su bahía», Alberti enlaza poéticamente paisaje, mito, historia, realidad humana y ensueño.

Entre 1953 y 1954 escribe sus *Baladas y canciones del Paraná*, sintéticas, bellas y profundas, traspasadas de intensa soledad.

En 1957 Alberti realiza su viaje a China, país que le parece «maravilloso». Pasa por la Unión Soviética y Rumania. Sus impresiones viajeras de Europa y Oriente las recoge en *La primavera de los pueblos* (1955-1957).

En 1960, más viajes —recitales, conferencias— por tierras hispanoamericanas. Pero vive siempre «muriendo por España».

El 28 de mayo de 1963 los Alberti dejan definitivamente la Argentina, cambiándola por Italia. Se radican en Roma. En 1964 el poeta comienza a escribir *Roma, peligro para caminantes* y que termina en 1967.

El 24 de mayo de 1965 recibe el Premio Lenin Internacional de la Paz, personalmente, en Moscú. En el acto de entrega, nuestro poeta pronunció un discurso del cual extraemos unas palabras que nos parecen esencialmente significativas:

Los poetas sabemos desde hace muchos siglos que hemos de decir en nuestros versos cosas que lleguen al corazón humano. Desde Dante, Petrarca, Shelley, Byron, Michievich, Víctor Hugo, Whitman, Pushkin, Petöfi, Maiakovsky y tantos más, hasta el poeta vietnamita que hoy se duele junto a su arroz amargo, todos han estado al lado

de sus pueblos, junto a la libertad. Porque los poetas hemos de ser, como quería Antonio Machado, poetas del tiempo. Ese es nuestro compromiso: ser, estar, existir, dar universalidad a un momento, volver ecuménico lo intensamente sentido y válido, aceptar lo humano, rehacerlo, no retroceder, equivocarse y seguir, hacer unas veces arma del verso y otras flores, puesto que nos ha tocado vivir entre el clavel y la espada.

Y tras afirmar que su vida ha estado comprometida con la historia del pueblo español, Alberti terminó con unos versos en favor de la paz mundial.

No cesa la creación poética albertiana y nacen *Los ocho nombres de Picasso* (1966-1970), *Las canciones del alto valle del Aniense* (1967-1971), *Visitas a Picasso* (1968-1972), *Otros versos* (de los mismos años), *El desvelo (Diario de la noche)* (1970-1971), *Nuevas coplas de Juan Panadero* (1976-1979), terminadas en España junto con *Fustigada luz* (1972-1978). He aquí toda la obra poética albertiana escrita durante su destierro.

En 1977, Rafael Alberti testifica: «Nuestro exilio ha terminado. El 27 de abril María Teresa y yo regresamos a España».

Poesía de exilio

Su complejidad lírica es muy amplia, pero destacan señeramente algunos temas que se repiten con insistencia, reforzando la unidad dentro de la variedad. La nostalgia de España es —necesaria y fatalmente— el eje fundamental de una temática tan vasta y plena de matices.

1. Nostalgia de España

En estos lustros de expatriación —tan ricos de creatividad—, toda su poesía de exilio está impregnada y teñida por el dolor de la lejanía. Porque el destierro —tanto para Alberti como para todos los que lo sufren—, más que ausencia es amputación física, moral y sentimental: vivir en él es desvivirse, es desnacer, es premorir. Con las raíces cortadas, la existencia es casi imposible. ¿El sueño? «Tan sólo pólvora» o, unido al insomnio, está siempre nutrido de nostalgia de España, entrevista en *Entre el clavel y la espada* —en una elegía sobre un mapa perdido— en imagen de toro:

Cuando volvía,
como una sombra, vi un toro,
llorando.

Y llorando ante los algarrobos, con su vida rota y ante la nueva andadura argentina, se lamenta:

Pobre toro lejano,
te oigo bramar.